

EL PROBLEMA DE SUEZ EN EL MARCO DEL ORIENTE MEDIO

Si se me pidiese reducir a unas líneas esquemáticas previas el presente problema de Suez, es posible que no me hiciera falta ni una sola alusión al Canal. Creo que tendría bastante con el recuerdo de estas pocas fechas, interpretadas muy sumariamente.

1878.—Gran Bretaña y Francia establecen un control directo sobre la Hacienda egipcia, en bancarrota. Por el Tratado de Constantinopla, Turquía cede a Inglaterra la ocupación y la administración de Chipre, bastión desde el que podía ser acometida la tal vez ya proyectada conquista del Nilo, desde Alejandría a Jartum. Algunos años antes, cuando la idea de Lesseps comenzaba a dejar de ser proyecto, uno de sus contumaces detractores —Palmerston— había asegurado: “*Si fuese construído el Canal de Suez, Inglaterra se vería obligada, más pronto o más tarde, a anexionarse a Egipto.*”

1882.—Inglaterra y Francia tratan de intervenir en Egipto para imponer un orden en su Hacienda. Se produce la rebelión nacionalista del coronel Ahmed-el-Arabi, y en una serie de incidentes xenófobos son asesinados hasta medio centenar de europeos. El 11 de julio la flota inglesa bombardea Alejandría y realiza un desembarco armado; el 23 de septiembre las fuerzas de El Arabi son aplastadas en Tel-el-Kebir, comienza entonces una ocupación militar que debería durar hasta que “*la situación interior del país quedase estabilizada*” y que habría de prolongarse hasta junio de 1956.

Junio de 1916.—El Jerife Hussein, secundado por sus hijos Alí, Faisal y Abdullah, levanta el desierto contra el dominio del Imperio turco, una vez obtenida del Alto Comisario británico en Egipto, sir Henry Mac Mahon, la promesa formal de la constitución, después de la victoria, de un gran Estado árabe soberano e independiente.

Noviembre de 1916.—Es firmado el Convenio secreto Sykes-Picot, por el que Inglaterra y Francia acuerdan repartirse —una vez conseguida la victoria— el mundo árabe en sendas “zonas de influencia”.

Noviembre de 1917.—Como prenda de recompensa por la ayuda que el judaísmo internacional venía prestando a los aliados desde el comienzo de la guerra, el ministro británico de Asuntos Exteriores, Arthur James Balfour, dirige al barón Alfred de Rothschild una carta secreta, en la que, en nombre del Gobierno británico y para cuando terminen las hostilidades, le promete “*el establecimiento en Palestina de un Hogar Nacional para el pueblo judío*”.

Marzo de 1945.—Siete naciones suscriben en El Cairo el Pacto de la Liga Árabe —de cooperación política, cultural y económica—, que queda abierto a todos los países de la misma raza que puedan alcanzar en el futuro la independencia.

Noviembre de 1947.—La Asamblea general de la Organización de las Naciones Unidas acuerda la partición de Palestina, y nace propiamente el Estado judío de Israel. La guerra estalla cuando Inglaterra, considerándose impotente para atajar la grave situación, renuncia al mandato y retira sus fuerzas armadas.

Febrero de 1951.—El Pacto de la Liga Árabe ensancha considerablemente sus finalidades de cooperación al ser complementado con la firma de un Tratado colectivo de Seguridad y Ayuda mutua.

No sé si el anterior esquema necesitará alguna explicación que lo conecte con el problema del Canal de Suez. Pero esa explicación tiene que ser sencilla: el problema de Suez, tal como está hoy planteado, no es un problema en sí que haya brotado insolidariamente, sino la consecuencia —acaso inevitable— de unos cuantos problemas que vienen arrastrados desde hace casi un siglo. Los insinúa el esquema: un sentimiento nacionalista que sofocó la fuerza, pero que no logró desarraigarlo; una diplomacia secreta escasamente disimuladora de un afán efectivo de dominio; un espíritu arbitrario de discriminación racial que tuvo más en cuenta las conveniencias políticas parciales que las de la justicia; una reacción creciente hacia formas de unidad solidaria; una caída vertical de los viejos prestigios imperialistas que ha encontrado ex-

presiones recientes en derrotas militares como la de la Francia metropolitana o la de la Indochina, o en pruebas de impotencia, como el abandono de la India o el del mandato palestino... Y, por encima de eso, una contradicción entre lo que íntimamente se quiere y lo que externamente se simula querer: *“Tal vez pueda perdonármeme —ha escrito el general Naguib— que, como egipcio, confiese un cierto escepticismo en cuanto al cumplimiento de las promesas hechas por los ingleses. Durante setenta y dos años de ocupación total o parcial, por lo menos en ochenta y seis ocasiones han prometido formalmente los ingleses devolver su independencia a Egipto.”*

El problema de Suez llega a ser, de este modo, la culminación de un proceso político esencial que ha sometido a revisión toda una serie de principios hasta hace muy pocos lustros considerados incommovibles. Casi me atrevería a simbolizar ese proceso en dos episodios que, por sus circunstancias y sus protagonistas, presentan un perceptible paralelismo, al que más adelante me referiré con mayor atención. En 1882, un coronel egipcio —Ahmed-el-Arabi— encabeza un movimiento nacionalista, que es aplastado por los cañones de la flota británica; en 1956, un coronel egipcio —Gamal-el-Nasser— lleva ese nacionalismo hasta las más audaces consecuencias, sin que, para tratar de reprimir su gesto, dé la primacía al lenguaje irrevocable de los cañones sobre el lenguaje contemporizador de las Conferencias diplomáticas. Algo muy fundamental ha cambiado en el mundo entre aquellas dos fechas. No es esta la ocasión de analizarlo, pero esbozado está. Una misma línea de propósitos une sensiblemente la revolución nacional de El Arabi con la revolución nacional de Abd-el-Nasser. Sólo que aquello que no pudo realizar El Arabi en 1882 puede intentarlo Abd-el-Nasser en 1956 con bastantes probabilidades de éxito.

Las dos Revoluciones del Egipto moderno.

El paralelismo, ya apuntado, entre Arabi y Nasser es casi total. Los dos pertenecen a familias “fellahs”, es decir, al pueblo campesino que, asentado en una de las zonas más fértiles del mundo —la del Valle del Nilo—, soporta la miseria que le imponen una gigantesca superpoblación y una antisocial concentración de la propiedad en manos de las clases dirigentes; los dos son militares que, en plena juventud, llegan a conocer y manejar los resortes del mando y de la disciplina; los dos se enfrentan

con una Dinastía no egipcia —la instaurada por el albanés Mehemed Ali en los tiempos de las luchas napoleónicas— que no ha sabido ni querido fundirse con el pueblo del que ambos coroneles forman parte; los dos hallan pretextos de ruptura con esa Dinastía, ya sea en el desbarajuste financiero de un Jedive Ismail, depuesto por el Gobierno turco luego de haber justificado la intervención inglesa, bien en el caso administrativo de un rey Faruk, destronado por la revolución después de un desastre militar de Palestina; los dos fuerzan e incluso precipitan los movimientos nacionalistas, más doctrinales y más evolutivos, del Yemal-ed-Din de 1879 y del Mohamed Naguib de 1953.

Sin embargo, una diferencia trascendental separa a los dos coroneles en cuanto a las finalidades que persiguen. Esa diferencia es también un signo de los tiempos. Toda la ideología y toda la ambición política de Arabi caben en la sequedad de estas cuatro palabras que despliega como bandera ante sus seguidores: *“Egipto para los egipcios.”* La ideología y la ambición de Nasser necesitan un programa muchísimo más amplio, que el propio Nasser sintetiza así: *“Liberaremos el mundo árabe desde el Atlántico hasta el Golfo Pérsico.”* Un famoso viajero alemán —Georg Schweinfurth— que, en 1895, conoció por impresión directa los frutos de la siembra de un Arabi, ya entonces derrotado y desterrado, resumía de este modo sus observaciones: *“Una verdadera autoconciencia nacional está empezando a despertar; los egipcios se hallan todavía muy lejos de constituir una efectiva nacionalidad, pero el comienzo ha sido superado.”* Muy recientemente —el 2 de agosto de 1956—, durante una visita, en Abukir, al campamento de los “scoutes” de catorce países árabes, incluidos los de Argelia, Túnez y Marruecos, Abd-el-Nasser proclamó en un discurso: *“Creo en una nación árabe regenerada que difundirá los principios del derecho, de la paz y de la humanidad después de haberse desembarazado por completo de todo vestigio de esclavitud o de servidumbre. Si hubiésemos sido conscientes de esta unidad, ningún obstáculo nos habría retrasado. Hoy el panarabismo es una realidad.”*

Sería difícil comprender el problema del moderno Egipto sin el conocimiento de dos obras que tienen el valor fundamental: “El destino de Egipto”, de Mohamed Naguib, y “La filosofía de la revolución”, de Gamal Abd-el-Nasser. La historia, más que un relato coordinado de acontecimientos, es una concatenación de biografías, porque los acontecimientos carecen de cualquier proyección que no sea la que les proporcionan los protagonistas que intervienen en ellos. Y en el protagonismo de Gamal Abd-el-Nasser hay una especie de providencialismo personal,

de un casi definido iluminismo, que no cabe ignorar ni desdeñar. En "El destino de Egipto" ha escrito el general Naguib: *"No voy a enumerar con detalle mis discrepancias con el resto del Consejo (revolucionario). Bastará con que diga que casi todos se referían a lo que Abd-el-Nasser había llamado "la filosofía de la revolución". Tal vez, y teniendo en cuenta que no había un solo filósofo entre nosotros, hubiera sido mejor llamarla "la psicología de la revolución". Abd-el-Nasser creía, con todo el apasionamiento propio de un hombre de treinta y seis años, que no tenía la menor importancia el que nos ganásemos la enemiga de un tercio, aproximadamente, de la opinión pública egipcia, si ello era preciso, al objeto de conseguir alguno de los diversos objetivos de la revolución. Por mi parte, yo creía, con toda la prudencia de un hombre de cincuenta y tres años, que tendríamos necesidad absoluta de cuanto apoyo popular nos fuera posible ganar. Más aún; consideraba que sería preferible sacrificar o, por lo menos, retardar la consecución de alguno o algunos de nuestros objetivos revolucionarios para poder lograr la plena materialización de otros. Con palabras distintas: yo estaba convencido de que media hogaza de pan era preferible a ninguna; Abd-el-Nasser no tenía inconveniente en correr los mayores peligros —en realidad, muchos más de cuantos yo consideraba absolutamente inevitables— a fin de lograr la hogaza entera. La historia es la única que podrá decir cuál de los dos tenía razón. Si resulta que me equivoco, y para entonces aún estoy vivo, seré el primero en felicitar a Gamal por su claro y certero juicio."*

En la espera de que el futuro resuelva el pleito entre el radicalismo de Nasser y el oportunismo de Naguib, bueno será insistir en el iluminismo providencialista del primero, que encuentra sendas réplicas, aunque de signo distinto, en otros dos personajes —tan representativos como influyentes— de nuestros días: el indio Pandit Nehru y el yugoslavo Tito. No fué obra del azar la reunión de los tres en la isla de Brioni. Encarnaban los tres sendas tendencias "providencialistas" y liberadoras: Nehru, la de los pueblos de color ex-dominados por la raza blanca; Tito, la de los partidos socialistas sometidos al imperialismo de Moscú; Nasser, la de las comunidades musulmanas y árabes sobre las que se impone el juego de otros imperialismos europeos. Por lo que atañe a Nasser, que es el que nos reclama, su "providencialismo" había quedado rotundamente expreso en este párrafo de su "Filosofía de revolución": *"Los anales de la historia están llenos de héroes que se forjaron grandes papeles heroicos y que, en determinadas ocasiones, los representaron en*

el escenario de la historia. Los anales de la historia están llenos también de grandes papeles heroicos que no hallaron actores que los representasen. No sé por qué me parece que en esta región en que vivimos hay un gran papel que busca el actor que lo represente. No sé por qué me parece que este papel, cansado de vagar de acá para allá en esta vasta zona que nos circunda, se ha detenido al fin en nuestra frontera, rendido de fatiga, y nos invita a que lo representemos, ya que no hay ningún otro que lo haga."

El papel de actor protagonista de la historia que se ha asignado Nasser es realmente ambicioso y toma estas tres coincidentes direcciones, que encuentran limitado y pequeño el marco histórico propiamente egipcio que ilusionaba a Arabi: el mundo árabe, el Continente africano y la comunidad universal islámica. En "La filosofía de la revolución" el propio Nasser lo declara sin ningún titubeo: *"El destino no bromea. Nada acontece fortuitamente. La existencia no puede proceder de la nada. No podemos contemplar con indiferencia el mapa del mundo: debemos darnos cuenta de nuestra posición en ese mapa y del papel que, como consecuencia de aquella posición, nos corresponde desempeñar. ¿Podemos, acaso, ignorar la existencia de una zona árabe que nos rodea, de la que nosotros formamos parte y que está íntimamente ligada a nosotros por una historia y unos intereses comunes? Se trata de una realidad y no de meras palabras. ¿Podemos ignorar la existencia de un Continente africano en el cual nos ha situado el destino y que está empeñado en una lucha terrible por su porvenir? Esta lucha repercutirá en nosotros, queramos o no. ¿Podemos ignorar la existencia de un mundo musulmán al que estamos ligados, no sólo por la fe religiosa, sino por los lazos de la historia?"*

En la vida de los hombres y los pueblos hasta lo más aparentemente ilógico suele responder a la continuidad inflexible de una lógica. Probablemente, Egipto es un ejemplo. A mi experiencia personal me atengo para afirmar que, entre los países del Oriente Medio, ninguno está menos construido internamente como nación que Egipto, porque ninguno reúne en menor cantidad los elementos genuina y específicamente nacionales: Egipto es un conjunto de razas y culturas sin posible amalgama. Ello, no obstante, en el Oriente Medio no se encuentra uno solo que le pueda disputar el derecho esencial a una capitania, incluso —si se quiere— hegemónica y rectora. Respecto de los árabes, posee la altamente estimable calidad que le da el ser la nación de su estirpe de mayor densidad demográfica; respecto del Islam, el man-

tener la Universidad de Al Azhar, la más antigua y poblada de las hoy existentes, que, con sus treinta y cinco mil estudiantes de las más alejadas procedencias, renueva constantemente los cuadros universales de la Ciencia, el Derecho y la Moral coránicos; respecto de la continentalidad africana, el tener en sus manos, con el Canal de Suez, la vía más importante en el aspecto doble, cuando menos, de la comunicación y de la economía.

Pero salta a los ojos que la capitania hegemónica a que Nasser aspira no puede ser la estricta resultante de una voluntad, más o menos enérgica, que se ha puesto en tensión, sino la consecuencia de una suma de postulados precisos y concretos que hayan sido resueltos previamente. Tres de esos postulados —la presencia de una fuerza militar extranjera dentro del territorio nacional, el fracaso de la empresa guerrera contra el Estado de Israel y la profunda debilidad económica interna— son los que inspiran, el 23 de julio de 1952, el movimiento de los “oficiales libres”, no inicialmente republicano, pero que se revuelve contra el régimen de Faruk cuando en él personaliza el símbolo de la ocupación, de la derrota y de la ruina. También Nasser lo ha dicho: *“Todos los pueblos del mundo han tenido dos revoluciones: una revolución política, que les permite recobrar el derecho de gobernarse por sí mismos, y una revolución social provocada por la lucha de clases y que termina en el establecimiento de un régimen de equidad.”* Para puntualizar: *“Las naciones de Europa han llegado gradualmente al estado en que se encuentran hoy, mientras que nuestra evolución es el producto de un solo golpe.”* Si en los planes, indiscutiblemente ambiciosos, de Nasser entra el de dar a su movimiento una proyección influyente exterior, tenía que constituir para él una necesidad enfrentarse anticipadamente con el problema esencial del reajuste interior en su triple aspecto de la soberanía total, de la potencia militar y de la autarquía económica. En resumidas cuentas, es lo que —“de un solo golpe”— ha intentado resolver con el Tratado anglo-egipcio del 27 de julio de 1954, con la adquisición de armas a las naciones del bloque soviético y con la construcción de la presa de Assuán.

Un anticomunismo condicionado

El Tratado que, el 27 de julio de 1954, suscriben en El Cairo el Ministro británico de la Guerra, Mr. Anthony Head, y el Jefe del Gobierno egipcio, coronel Abd-el-Nasser, justifica de sobra una revolución:

por primera vez desde 1882, Egipto va a sentirse una potencia independiente y libre. Sin temor a que se añada una nueva promesa incumplida a las ochenta y seis anteriores de que hablaba el general Naguib; sin que se le incorpore siquiera —como en el Tratado del 20 de agosto de 1936— la cláusula restrictiva de la alianza militar permanente confirmatoria de la presencia de una fuerza inglesa en el Canal. Cuando, en el mes de junio de 1956, los últimos contingentes británicos abandonan sus bases, sólo dos limitaciones teóricas continúan subsistiendo: la conservación, durante siete años, de dos mil técnicos en traje civil, y la posibilidad de “reactivar” las bases en el caso de una agresión a Egipto, a cualquiera de las naciones signatarias del Pacto de la Liga Árabe o a Turquía. En el mismo instante, el prestigio exterior de Egipto y de su régimen se levanta en medida gigantesca. Pero aún se sigue manteniendo en pie el espectro de una debilidad interna que causó la derrota frente a las fuerzas armadas israelíes.

Se ha escrito mucho, pero nunca se escribirá lo suficiente, acerca del fabuloso error occidental en los acuerdos particionales de Palestina. Por encima de los Tratados de armisticio de Rhodas, mientras subsista el Estado de Israel con sus características actuales no podrá haber una efectiva paz en el Oriente Medio. No se pretende que Israel desaparezca. Lo que sí se pretende, cuando menos, es que se dé una solución justa a estas graves cuestiones litigiosas: devolución, a las comunidades árabes, de aquellos territorios que les fueron reconocidos por la decisión particional y que retienen los judíos por estricto derecho de conquista; asentamiento y adjudicación de medios de existencia al casi medio millón de árabes a los que el nacimiento del Estado judío despojó de hogar y propiedad, e imposición de trabas rigurosas, para el futuro, de las irrevocables tendencias expansivas de Israel. Casi me atrevería a asegurar que este último problema es el más acuciante desde el punto de vista de la paz. Y la razón es fácil de entender: un país pequeño y pobre como Israel, ya extraordinariamente superpoblado y abierto a las corrientes inmigratorias de un pueblo en todas partes menospreciado, no cabe que renuncie, como dogma político, al de la expansión a través de la invasión armada. La amenaza —independientemente de otros antagonismos seculares y atávicos— es percibida así por todas las naciones árabes fronterizas. Pero en forma mucho más directa por el propio Egipto, que, a su calidad de nación fronteriza, añade inevitablemente: de una parte, la misión tutelar que, respecto de las demás comunidades árabes, se viene atribuyendo, y, de otra parte, el

recelo de que una posible agresión israelí pudiera ser causa de la "reactivación" del Canal por las tropas inglesas que está prevista en el Tratado anglo-egipcio de 1954.

Parece lógico que Egipto intente ser la gran potencia militar a que se considera obligado. Pero una dificultad de monta se lo impide: la Declaración tripartita —de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia— de 1950, que, para impedir un peligroso desequilibrio potencial entre los bloques del Oriente Medio, estableció el embargo de las armas para ellos destinadas. Situado Egipto ante la dualidad irresoluble de una necesidad de armamentos y una imposibilidad de conseguirlos en el Occidente, ha optado por la fórmula intermedia: comprarlos en el bloque comunista. Fórmula ciertamente recusable, pero no exenta de justificación.

No sé si cabe aquí una alusión discreta al ejemplo que Naguib manejaba entre "la media hogaza" por él apetecida y "la hogaza entera" que procuraba Nasser. Refiriéndose a las discrepancias que distanciaron a los dos, nos descubre Naguib: *"Mis diferencias con Nasser eran diferencias de táctica más que de estrategia y no sobrepasaron nunca los límites de una discusión en familia. Nuestra fe común en la Revolución de Egipto, uno de cuyos objetivos es la eliminación del comunismo en nuestra Patria, es algo que jamás podría dar origen a discrepancias entre nosotros."* En los primeros tiempos de la Revolución, Naguib mismo afirmaba en un discurso: *"Contrariamente a lo que creen buen número de egipcios, influidos por el ejemplo turco en la pasada guerra, yo no creo que, esta vez, fuese a nadie posible permanecer neutral. Seremos, pues, empujados a tomar parte en la guerra, y ello no puede ser más que al lado de las potencias atlánticas."* Ya se entiende que entre la madurez reflexiva de un general Naguib, formado en una escuela de tradiciones y de continuidades doctrinales que, por encima de sus rebeldías, en él dejaron imborrables sedimentos, y la acometividad apasionada de un coronel Nasser, que tiene todavía las obras de Voltaire entre sus lecturas favoritas, las meras diferencias téticas bien pueden revestir caracteres de francas discrepancias estratégicas. Pero ¿entra, acaso, en lo conjeturable que tales discrepancias lleguen a ser tan hondas que incluso abran una sima en los principios inicialmente profesados por ambos? En otras palabras: si uno de los objetivos esenciales de la Revolución era "la eliminación del comunismo", ¿es posible admitir, como no pocos temen, una desviación radical en la postura doctrinal

y táctica de Nasser, que le vaya arrastrando poco a poco hasta meterle en la órbita soviética?

En el mes de julio de 1953, durante una entrevista que personalmente celebré con el "Ieua" Mohamed Naguib en su Cuartel General de Al Gezirah, en El Cairo, me dijo, refiriéndose a los rusos: *"Son listos... Cuando se acercan a nosotros no nos dicen que el comunismo sea lo mejor ni nos hacen propaganda: se limitan a asegurar que quieren ayudarnos para que consigamos nuestra independencia. En todo caso, si algo ocurre, los ingleses tendrán la culpa: continúan entorpeciendo al Régimen y trabajando contra él, y, de aumentar la crisis económica y el número de parados, crearán un ambiente propicio al comunismo, porque ese es el mejor camino para abrirle la puerta."* En otras declaraciones —esta vez escritas— que por las mismas fechas me entregó Naguib, subrayaba, con una manifiesta alusión a la U. R. S. S. y a Gran Bretaña: *"Nuestra política tiene por principio el mantenimiento de relaciones amistosas con todas las naciones que deseen la paz y que no traten de atentar contra nuestra independencia."* Aun a riesgo de cansar al lector, me permito acumular los textos por lo que acaso tienen de reveladores de cómo la Revolución egipcia viene regida, antes y después de la dirección efectiva de Nasser, por una idea obsesiva, a la que supedita todas las demás: la de una independencia emancipada de cualesquiera trabas que intenten imponer las potencias que tradicionalmente han venido ejerciendo un dominio en el Oriente Medio.

Las Revoluciones que, como la de Egipto, más que una raíz popular, tienen un asia y una necesidad de hacerse populares, suelen verse obligadas a desplegar banderas demagógicas repletas de conceptos sencillos, y asequibles mejor al sentimiento que a la reflexión. Para el musulmán medio, abroquelados en la coraza de una moral impermeable y estricta, ciertos ideales nuevos, como el del comunismo, suenan a lejanía, porque se considera inmune a su contagio; incluso los estima como morbos que acechan precisamente a aquellos que no están vigorizados por la fe del Islam y que prenden tan sólo en los no musulmanes. La realidad parece darle la razón a veces: el foco comunista más característico de las naciones árabes es el Líbano, donde es cristiana la mayoría de la población. Según esto, ¿el comunismo —la amenaza rusa— no será un fantasma que el imperialismo occidental maneja para afirmar sus pretensiones de sojuzgación? Si los propósitos occidentales son totalmente limpios y desinteresados, mejor será que pongan a las na-

ciones árabes en condiciones de sumar su defensa a la de los demás. *“Muchos comentaristas y portavoces norteamericanos —escribe Naguib en “El destino de Egipto”— han expresado frecuentemente su impaciencia por la aparente incapacidad árabe para apreciar la magnitud de la amenaza rusa contra el Oriente Medio. Me hago cargo perfectamente de esa impaciencia, pero sigue en pie el hecho de que para nosotros, por muy grande que pueda ser el peligro futuro del imperialismo ruso, tiene más importancia el peligro inmediato del imperialismo inglés y francés. Tengo que contestar, por lo tanto, a nuestros amigos norteamericanos: ayudadnos a librarnos de ingleses y franceses, y nosotros haremos por nuestra parte cuanto sea preciso para cooperar en la defensa de todos contra los rusos.”*

El recelo es cualidad que aflora en los pueblos elementales, y los árabes todavía lo son. Lo digo con el más afectuoso respeto. Pero es que, en este caso, ese recelo está fundamentado. Y volvemos con ello al problema israelí.

Desde la Declaración de Balfour a los incumplidos acuerdos particionales de Palestina, el Estado de Israel no es más que una invención del Occidente. Pero una invención que sigue amenazando a la existencia misma de las naciones árabes. La Unión Soviética, con el oportunista proceso de los médicos judíos, ha tomado —quíerese o no— partido. Las potencias occidentales, con el embargo de armas de la Declaración tripartita de 1950, también, por lo menos a través del cristal de los recelos árabes, que en el proclamado “equilibrio de fuerzas” ven sólo la finalidad de mantenerles débiles. Al explicar la adquisición de equipos militares en Checoslovaquia, Abd-el-Nasser se expresaba así: *“Hemos pedido incesantemente armas a nuestros proveedores tradicionales. Les hemos reclamado armas, pero no hemos podido realizar una defensa efectiva del país. Hemos comprobado que lo que nos llegaba no estaba en proporción con lo que llegaba a nuestros enemigos. Hoy escuchamos el gran clamor y vemos el gran “bluff” del equilibrio de fuerzas. No son más que pretextos para la dominación y para la hegemonía. Ellos no comprenden el equilibrio de fuerzas más que como un medio para someternos a su dominio y a su influencia. Ellos saben muy bien que, sin las armas, permaneceremos bajo su dominio y bajo su influencia.”* Ya se ve que, por caminos distintos, pueden llegar a conclusiones idénticas un Naguib y un Nasser.

¿Hace falta puntualizar tales conclusiones? Es posible que su enunciación valga por un resumen de lo que va escrito: el estallido de un

nacionalismo represado durante mucho tiempo y que ahora se presiente en la más favorable coyuntura; el reconocimiento de un dilema de vida o de muerte en la consolidación y el desarrollo progresivo de Israel; la supeditación de todos los peligros, empezando por el comunista, al peligro del reflujo del imperialismo anglo-francés; la necesidad de un prestigio en el Oriente Medio; la certeza de que, en el hábil juego de la oposición entre el Oriente y el Occidente, pueden hallarse impulsos para el completo logro de las finalidades perseguidas. Y, como consecuencia, la adopción de una actitud neutral, entre los dos grandes bloques universales, que es más notablemente rica en ventajas que en inconvenientes.

Brioni, pórtico de la nacionalización

En los comienzos del pasado julio se reúnen, en la isla yugoslava de Brioni, Josip Broz Tito, Pandit Yauaharlal Nehru y Gamal Abd-el-Nasser. La agilidad maniobrera de Nehru ha logrado que Nasser, con cuanto representa como conductor de un Egipto que es posible cabeza del mundo árabe, se incorpore al frente "neutralista" de Bandung. Ahora, en la reunión de Brioni —a la que ha precedido la visita a Chipilof, el nuevo Ministro soviético de Asuntos Exteriores, a El Cairo—, se trata de imprimir al "neutralismo" una apariencia de universalidad. Aun a riesgo de suscitar, en sus aliadas Gran Bretaña y Francia, los celos sobre la hegemonía en el Oriente Medio, los Estados Unidos mantienen con aquella zona fuertes vinculaciones, de las que no está excluida la ayuda directa a Egipto a través del "Punto Cuarto" y de las que son principales artífices el subsecretario de Estado para el Oriente Medio, George Allen, y el embajador en El Cairo, Henry Byroade. Pero, para el Gobierno de Washington, la Conferencia de Brioni rebasa la medida de la espera: no se puede comprometer más ya la unidad atlántica con la incierta esperanza de contar algún día con un Nasser que ha hecho abortar el Pacto de Bagdad. El cambio de la táctica se impone: Allen y Byroade son sustituidos en sus respectivos puestos, y Washington, en decisión conjunta con Londres, retira su prometida ayuda para la construcción de la presa de Assuán.

La presa de Assuán —ya lo hemos visto— constituye uno de los tres pilares sustantivos de la línea política de Nasser. Se ha dicho muchas veces que los Regímenes centralizadores de la autoridad —dictatoriales,

si se quiere mejor—, como el de Nasser, necesitan acometer empresas gigantescas para conservar la adhesión de sus pueblos. Se pudiera sostener también, por el contrario, que su vitalidad, más concentrada que en las democracias, llega a exigir esas obras gigantes. Sea de ello lo que sea, y en lo que atañe a Egipto, la presa de Assuán —o la del Alto Assuán— constituye una necesidad mucho mejor que un lujo. Aunque, por la colosal magnitud de lo que se proyecta, se la haya comparado con la de las Pirámides.

Egipto es un desierto de un millón de kilómetros cuadrados de los que sólo son fértiles —con una de las más altas fertilidades de la Tierra— los 36.000 que riega el Nilo con sus aguas y fecunda periódicamente con su limo; en esos 36.000 kilómetros cuadrados viven, apretada y miserablemente, los veintidós millones de habitantes del país. Si Herodoto pudo decir que *“Egipto es un don del Nilo”*, ese don no está, ni muchísimo menos, agotado. Las posibilidades de Egipto —en lo agrícola y en lo industrial— son inmensas: baste decir que las nueve décimas partes del caudal del Nilo —unos sesenta mil millones de metros cúbicos cada año— se vuelcan, y se pierden, en el mar. Su aprovechamiento no es un sueño, y ese aprovechamiento —proyectado en 1954 por un grupo de técnicos alemanes e intentado llevar a la práctica por un Consorcio egipcio-germano-francés— es la presa de Assuán. He aquí, sumariamente expuestas, unas pocas de sus características: un lago de cinco kilómetros de anchura media y de cuatrocientos de longitud (de ellos, 250 en territorio egipcio y 150 en territorio sudanés); un depósito de 30.000 millones de metros cúbicos de limo y un embalse con capacidad para 150.000 millones; una producción hidroeléctrica de seis a nueve mil millones de kilovatios-hora cada año; un aumento de la superficie cultivable no inferior al sesenta o el setenta por ciento de la actual... Bastarían los nueve años en que están calculadas las obras para transformar radicalmente a Egipto. Pero esa transformación tiene un subido precio en moneda contante: mil trescientos millones de dólares, de los que alrededor de la mitad en unas divisas fuertes que Egipto no tiene y que ha de procurarse en el exterior.

Después de complicados trámites, cuya puntualización no cabe aquí, la cuestión inicial quedó resuelta: de los 450 millones de dólares en que está presupuestada la primera etapa, 200 serían proporcionados a título de empréstito por el Banco Internacional para la Reconstrucción y Fomento, 70 por Norteamérica y Gran Bretaña (56 y 14, respecti-

vamente) en concepto de efectiva donación, y 180, principalmente en salarios y materias primas, por Egipto. Tres finalidades, cuando menos, parecían procurar los financiadores: alejar el riesgo de una nueva guerra en el Oriente Medio, ya que, por sus limitaciones económicas, o Egipto desistía de comprar más armas, o no podría atender a las obligaciones de los créditos; evolucionar la política de El Cairo en el sentido marcado por la necesidad de concluir aun acuerdo con el Sudán para la utilización común de las aguas del Nilo, y alejar al régimen de Nasser de la órbita de Rusia. Nasser, sin embargo, se mantuvo incomprensiblemente terco en sus audacias, bien porque confiase demasiado en las promesas rusas, bien porque supusiera que las ayudas norteamericanas no le fallarían nunca o bien porque intentase sobrepasar la licitud del juego de un poder equidistante entre los dos poderes antagónicos. Convenida ya de hecho la financiación, la vino a derribar la reunión "neutralista" de Brioni. Ciertamente que se esgrimió como fácil pretexto para la retirada de la ayuda el reconocimiento tardío de que, lanzado Egipto a una carrera de rearme con las adquisiciones de equipos militares en el bloque soviético, iba reduciendo progresivamente sus escasos recursos disponibles para acometer la construcción de la presa de Assuán. Pero la verdad era que la Secretaría de Estado carecía de argumentos para convencer a nadie de la efectividad de los intentos en atraerse a un Nasser que sólo aceptaba el diálogo en la medida en que esperaba que sus pretensiones fuesen atendidas. Sobre que este 1956 es en los Estados Unidos un "año electoral", y pesa mucho allí la consideración de sí, por complacer a un aliado dudoso, vale la pena de enajenarse los votos de los Estados algodoneros del Sur, temerosos de que el aumento de la producción egipcia por la conquista de nuevas tierras fértiles al desierto les proporcione inesperadas competencias en el ya casi plétórico mercado mundial del algodón.

Es evidente que el desistimiento anglo-norteamericano de financiar la presa decepcionó profundamente a Egipto, conocedor de que los estímulos soviéticos, en esta rivalidad entre Oriente y Occidente de que Nasser se sirve, no pasará jamás del suministro de armas con las que provocar nuevos conflictos. Ciertamente que, adelantándose a los occidentales, en el pasado octubre el Gobierno polaco había ofrecido a Egipto un empréstito de 200 millones, incluso en condiciones más favorables que el propio Banco Internacional para la reconstrucción y Fomento puesto que, al reducido interés de un solo dos por ciento, esos 200 mi-

liones se reembolsarían en treinta años y serían pagados en mercancías como algodón y arroz. Pero, aun dando por buena la efectividad de aquella operación, ¿qué garantías mayores ofrecía la empobrecida Polonia frente a los opulentos Estados Unidos? ¿Y qué significaban los 200 millones respecto de una financiación calculada, sólo en divisas fuertes, en alrededor de 700?

El 29 de julio es hecho público en Londres un Comunicado por el que la Embajada egipcia anunciaba que había recibido de su Gobierno instrucciones para aceptar el ofrecimiento relativo a la financiación de la presa de Assuán, pero que *“la retirada rotunda e inoportuna de este ofrecimiento, en violación de la palabra dada”*, obligaba ahora a Egipto *“a encontrar los medios para construir la presa no sirviéndose más que de sus propios recursos”*. La medida del desistimiento era muy grave, pues que comprometía en sus mismas raíces la ambicionada reconstrucción económica egipcia y el prestigio del régimen que tan irrevocablemente la había prometido. No era posible desandar lo andado: renunciar a la presa de Assuán valía tanto como renunciar a la realización de los más caros principios revolucionarios. Y, sin embargo, a los ojos de Nasser, había un camino para poner a salvo la reconstrucción, el prestigio y los principios: se trataba, en resumidas cuentas, de los *“propios recursos”* a que aludiera la Embajada en Londres. Recursos que no podían tener más que una traducción: la nacionalización del Canal de Suez. He aquí cómo, sin mencionarlo ni una sola vez en el repaso de los antecedentes del problema, nos situamos de lleno en el del Canal.

Vale la pena de recordar la anécdota. Presidida por el Ministro egipcio de Comercio, el 24 de julio se encontraba aún en Londres una Delegación de veinticinco personas encargada de *“discutir las posibilidades de mejorar las relaciones comerciales entre los dos países”*, según la misma Embajada comunicó por aquel entonces. Terminada en Londres su misión, y al objeto de emprender otra muy semejante, el ministro se disponía a salir para Madrid, donde habían sido cursadas las invitaciones para entrevistas y agasajos. Un inesperado aviso modificó los planes, y el ministro y su séquito salieron precipitadamente para El Cairo: en las primeras horas del día 26 era hecho público el Decreto de nacionalización. Acaso sirva la anterior anécdota para deducir que la nacionalización tuvo tanto de imprevista como de improvisada. De lo que tuvo, probablemente, poco es de impremeditación. De un solo golpe, Nasser —el de *“la hogaza entera”* a que aludía Naguib— salía

por los fueros de los principios de la Revolución, del prestigio interior y exterior de su régimen y de la reconstrucción económica de Egipto. De un solo golpe, se ponía en el trance de ganarlo todo o de arriesgarlo todo, aunque difícilmente de perderlo. Pero de los audaces es la fortuna.

Precisamente por aquellos días, la Compañía Universal del Canal de Suez había publicado las cifras del balance de 1955. El negocio continuaba su precipitada curva: 115.700.000 toneladas de mercancías, frente a 112.400.000 en el año anterior; unos ingresos, por percepción de derechos de paso, de 34.538 millones de francos, frente a 32.371,7 en 1954 ó a 30.495 en 1953. Esos ingresos se descomponían así: gastos, 18.304 millones; beneficios netos, 16.234, de los que se destinaban 5.000 a provisiones, 500 a enriquecer la reserva extraordinaria y 10.704 a dividendo para los accionistas. Nadie podía olvidar que desde 1875, en que el Jedive Ismail vendió a Francia su participación en los beneficios por 22 millones de francos, Egipto, estatutariamente propietario del Canal, no se lucraba para nada de ellos; hasta el acuerdo del 7 de marzo de 1947, a partir del cual el Estado egipcio percibe el 7 por 100 de los beneficios brutos, con un mínimo garantizado de 350.000 libras anuales. Para los sueños de Nasser, aquella riada de oro que iba a nutrir a los accionistas extranjeros podía quedar en Egipto, de la misma manera que el Nilo, y financiar la presa de Assuán. Según los términos de la concesión del 5 de febrero de 1856, se adjudicaba a la Compañía el derecho de reconstruir, primero, y, luego, de conservar y explotar el Canal hasta el 17 de noviembre de 1968, fecha en la cual pasarían a posesión del Gobierno egipcio todas las instalaciones, previo el pago del valor que se estipulase de común acuerdo o por el arbitraje de los técnicos. Egipcia originariamente la Compañía y nacionalizables a fecha fija sus instalaciones, se trataba pura y simplemente —insisto en que a los ojos de Nasser— de adelantar esa fecha en doce años. Por lo demás, *“esta nacionalización —proclamaba Nasser en su Declaración oficial del 1 de agosto— no afecta en modo alguno a los compromisos internacionales de Egipto. Estamos, pues, determinados, como lo hemos estado siempre, a hacer honor a todas nuestras obligaciones internacionales. Tanto el Convenio de 1888 como la seguridad dada a su respecto en el Acuerdo anglo-egipcio de 1954, son y serán enteramente aplicados.”* Y añadía seguidamente: *“Nadie puede estar más interesado que Egipto en la libertad de paso y en el desarrollo del tráfico a través del Canal de Suez.”*

Pero todo esto —el desarrollo del tráfico, la libertad de paso, el

EL PROBLEMA DE SUEZ

Acuerdo anglo-egipcio de 1954, el Convenio de Constantinopla de 1888, la actitud de Nasser y la réplica de las potencias usuarias del Canal—son enunciados que ya no caben materialmente en este artículo, casi exclusiva exposición de los antecedentes de un problema mundial —y gravísimo— que está muy lejos de quedar resuelto. Seguro de que el tema seguirá en plena actualidad durante mucho tiempo, por hoy lo dejo en pie para una ocasión próxima.

PEDRO GOMEZ APARICIO

Septiembre 1956.

